

de su madre, de quien tambien conocian la ternura; dejan, como los dos primeros, la barca y las redes en manos de los mozos y de su padre, sin saber cuándo ó si en algun tiempo las volverán á tomar; y finalmente todos abandonan un género de vida á que estaban acostumbrados y la ocupacion que formaba todas sus riquezas... Pero acaso dirá alguno que todo era poco: ¡ay de mí! yo respondo que aquello que impide seguir á Jesucristo con una fidelidad completa y entera, y lo que Dios nos manda dejar por su amor, seguramente es en sí cualquier cosa de menos, y con todo eso no podemos resolernos á dejarlo.

Lo 3.º *Obedecen con prontitud*: luego, en un momento, sin dilacion, al primer eco de la voz, lo abandonan todo... Modelo perfecto de obediencia religiosa. La prontitud, segundo indicio del fervor, hace el principal mérito de la obediencia, que para ser digna de Dios no debe ser menos pronta que la de las criaturas inanimadas, que obedecen sin dilacion á la voz de su Criador: ella debe ser semejante á aquella que ó de grado ó por fuerza tendríamos en la muerte cuando nos llame; obediencia que no se podrá retardar entonces un momento, ni por negocios comenzados, ni por otra ninguna causa que tengamos entre manos.

#### *Peticion y coloquio.*

Sí, ¡oh Dios mio! cuando se tratare de vuestro servicio, no me dejaré entretener de algun otro interés: renunciaré, si es necesario, cuanto mas estimo en este mundo, y abrazaré lo que sea mas difícil por obedecer á vuestras órdenes y por mostraros mi docilidad. Sostened esta resolucion con vuestra gracia, ó Señor, para que yo sea vuestro en el tiempo y en la eternidad... Amen.

### MEDITACION XXXVI.

#### PRIMER VIAJE DE JESÚS Á JERUSALEN PARA LA FIESTA DE LA PASCUA.

(Joan. II, 43-25).

1.º Jesús echa fuera del templo los profanadores del lugar santo; 2.º responde á los judíos que se lamentan de esto; 3.º penetra el fondo de los corazones.

#### PUNTO I.

##### *Echa fuera del templo los profanadores.*

«Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y Jesús subió á Jerusalem...» Esta era la primera Pascua despues de haber comenzado

su vida pública. Hasta este tiempo no se habia dejado ver en la capital. Era en ella conocido solo por el testimonio de su Precursor, y por el estrépito de los milagros que habia ya hecho en Galilea. Esto, sin duda, era suficiente para disponerla á aprovecharse de la presencia de Jesucristo, y á prevenirla en favor de su doctrina, si su obstinacion no hubiera sido siempre insuperable. Jesús entró en ella algunos dias antes de la Pascua seguido de cuatro discípulos que habia llamado, pasando á la ribera del mar de Tiberiades, Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. Habiendo llegado, se fué luego al templo, donde quiso darse á conocer con un acto de autoridad que debió ser de grande estrépito, echando de la casa de Dios los profanadores que la deshonoraban, y que los sacerdotes ya de mucho tiempo sufrían, sin pensar en remediar este desorden...

Lo 1.º *Consideremos quiénes eran estos profanadores...* «Y encontró en el templo gente que vendia bueyes, ovejas y palomas, «y banqueros que estaban sentados...»

Estos profanadores eran en parte judíos interesados que tenían una especie de mercado en el primer atrio del templo, vendiendo las cosas necesarias para los sacrificios; y en parte eran banqueros que por la pública comodidad hacian un comercio muy lucroso, dando con cierta ganancia monedas de metal bajo en cambio de las de oro y de plata que se les suministraban... ¿Cuáles son ¡ay de mí! los profanadores de nuestras iglesias infinitamente mas respetables por la presencia sacramental y real de Jesucristo que el templo de Jerusalem? Son personas que vienen solo por ver y ser vistas; que entran hasta los piés de los altares con mucho menos respeto y compostura que en la casa de un grande del mundo; que comparecen con tanto fausto, orgullo, inmodestia é indecencia como si fueran á presentarse en una asamblea profana; que allí hablan con mas libertad que en una sala de espectáculo; que en el tiempo mismo en que parece que quieren en lo exterior dar á Dios algun obsequio, tienen el corazon y el espíritu ocupados con objetos inútiles ó malos; y que finalmente salen con mayor disipacion y agravados de mayor número de pecados que cuando entraron. ¿No soy yo, acaso, tambien de este número?

Lo 2.º *Observemos cómo Jesucristo trata estos profanadores...* Su escandalosa profanacion se toleraba; habia pasado á uso y costumbre, y ya no se hacia caso de ella. Era vista de todos la negociacion, y ninguno la reprobaba. Jesucristo no pudo sufrir este escándalo; se indignó: el lugar santo que se profanaba con tan poco miramien-

to era la habitacion de su Padre, y á él tocaba tomar la venganza. «Y hecho como un látigo de cuerdecillas de junco, á todos los echó del templo, y las ovejas, y los bueyes; y echó por tierra el dinero de los banqueros, y derribó los bancos. Á los que vendian las palomas dijo: Quitad de aquí estas cosas, y no querais hacer la casa de mi Padre casa de negociacion...» ¡Cuántas cosas que nosotros mismos excusamos en nosotros, y miramos como ligeras y como autorizadas, ó á lo menos toleradas con el uso y con el ejemplo de los otros, no son miradas por Jesucristo con semejantes ojos! La Iglesia es casa de Dios. Y nosotros somos templos vivos del Espíritu Santo. Examinemos si en nuestros corazones hay alguna cosa que quitar, que pueda ofender los ojos de Jesucristo, y traer sobre nosotros el rigor de sus castigos. Aprendamos, pues, á regular nuestra conducta y nuestros juicios, no sobre el uso de los hombres, sino segun la norma de la santidad de Dios á quien servimos.

Lo 3.º *Consideremos el celo que mostró Jesucristo en esta ocasion; celo profetizado, celo abrasador... Celo profetizado.* Los cuatro discípulos, testigos del suceso, y que habian visto siempre en Jesucristo un aire y semblante de bondad y de dulzura, quedaron sorprendidos á vista del rigor de esta accion. *Se acordaron que está escrito en el salmo*<sup>1</sup> que frecuentemente se rezaba en sus sinagogas: *El celo de tu casa me ha consumido*, y vieron que esta profecía se verificaba perfectamente en la persona de su Maestro... Este oráculo se debe tambien cumplir en todos aquellos que Jesús ha llamado á su ministerio.

Celo de Jesucristo, *celo abrasador* y devorante, que tenia por principio á Dios solo. Este divino Salvador estaba penetrado de la grandeza de Dios su Padre, y lo amaba con un amor perfecto: de esto nacia aquel celo vivo y ardiente de que estaba animado... ¡Ah! si tuviéramos por Dios nuestro Padre los mismos sentimientos de respeto y de amor, ¡cuánto mas ardiente, sábio, iluminado y eficaz seria nuestro celo! El celo que tiene por principio la pasion, que es nacido de un espíritu silvestre y crítico, de un temperamento ardiente é inquieto, de la cólera, de la antipatia y del odio del prójimo, del orgullo y del deseo de hacerse visible; un tal celo se manifiesta por sí mismo, se hace despreciable, y exaspera los culpados... Pero el que viene de Dios está lleno de decencia en sus movimientos, de santidad en sus palabras, de gravedad en sus órdenes, y de autoridad y majestad en la persona que de él está llena. Á un celo semejante todo conviene que ceda; y nada hay que pueda resistir.

<sup>1</sup> Psalm. LXVIII, 10.

## PUNTO II.

*Jesús responde á los judíos.*

Primeramente *examinemos la pregunta que le hacen los judíos...* «Respondieron, pues, los judíos, y le dijeron: ¿Con qué señal manifiestas el poder hacer estas cosas?»

Estos judíos tenian sin duda alguna autoridad en el templo, como los sacerdotes, los escribas y levitas. Su pregunta da á entender por lo menos en ellos mucha animosidad, envidia é incredulidad. Para remediar, decian ellos, los abusos públicos es necesaria la pública autoridad; una mision extraordinaria del cielo: muéstranos, pues, tu poder, y las señales de una legítima autoridad que justifiquen lo que has hecho; ó si eres profeta y enviado de Dios, da pruebas de esta cualidad haciendo aquí algun prodigio: danos una señal de tu mision obrando algun milagro... Pero la accion que Jesucristo habia hecho ¿no era en sí una señal sensible de su divino poder, y una prueba de su autoridad? Cuatro galileos rudos, discípulos de Jesucristo, habian reconocido en esto el cumplimiento de una profecía que mira al Mesias; y estos sábios de Jerusalem no ven aquí cosa alguna grande, y antes se escandalizan... Mas si para ellos se necesitaba otra prueba ú otra señal, no era necesario que esta se diese con un milagro. Los testimonios de Juan Bautista, de que ya habian oido hablar, ¿no eran otras tantas pruebas en su favor? Cuando ellos mismos enviaron diputados al santo Precursor, estaban dispuestos, segun decian, á creerlo si les hubiese dicho que él era el Mesias; ahora, pues, ¿no era Juan por ventura mucho mas digno de fe, cuando les nombró otro, sabiendo todos que el Mesias indicado por Juan era Jesucristo? ¿Por qué, pues, pedirle ahora un milagro?... Y finalmente, si era necesario un milagro; el suceso de la accion hecha por Jesucristo ¿no lo era ya de esta naturaleza? ¿Cómo un hombre solo, si no estuviese autorizado por Dios, habría podido emprender y ejecutar un semejante proyecto, sin que entre tantos interesados en oponérsele, ni uno solo se atreviese á hablarle ni á defenderse? ¿Cómo todos estos vendedores y todos estos banqueros se habrian dejado tratar de esta manera, si no hubiesen sentido la impresion de la divinidad que estaba en Jesucristo? ¿No es un milagro, dice san Jerónimo, que un hombre solo, sin compacer revestido de alguna autoridad, hubiese hecho, sin la mas mínima resistencia, lo que habia hecho Jesucristo? Conviene, pues,

decir, dice este Padre, que un fuego celestial resplandeció en sus ojos, y que vieron en su frente la majestad divina... Y si se requirían aun mas milagros, ¿ignoraban acaso estos judíos los que Jesucristo habia hecho en la Galilea? Los mismos que los habian visto ¿no se hallaban entonces en Jerusalem puntualmente para celebrar la Pascua? ¿No los habian contado? ¿Qué? ¿Eran estos tan insensatos ó tan malintencionados? ¡Ay de vosotros, endurecidos! Jesucristo los hará en Jerusalem; vosotros los veréis, pero no los creeréis... Cuando el corazón está enajenado por una pasión, ninguna cosa hay poderosa para ganarlo. Se necesitaria, segun los incrédulos, que Dios hiciese un milagro para cada uno de ellos en particular, y que lo hiciese en la especie y en la manera que ellos lo quisiesen. ¡Ah! no lo usa hacer así el Autor del universo. Él no puede aceptar la ley de sus criaturas; sus caminos son mas elevados, mas majestuosos, mas dignos de él y mas independientes. No concede prodigios á aquellos que están empeñados en pedirlos por la incredulidad ó por la malignidad; porque con semejantes disposiciones no se piden para convencerse, sino para impugnarlos.

Lo 2.º *Observemos cuál fue la respuesta de Jesucristo, y en qué sentido la tomaron los judíos...* «Les respondió Jesús, y les dijo: «haced este templo, y yo en tres dias lo volveré á poner en pié. Dijeron, pues, los judíos: este templo fue fabricado en cuarenta y seis años, y ¿tú lo volverás á poner en pié en tres dias?...» Este mismo es el temperamento de nuestros espíritus fuertes, que en las cosas de religion lo toman todo en un sentido grosero y puramente material. Y ¿qué? Judíos que se gloriaban de estar instruidos, que estaban acostumbrados á los sentidos figurados, á los enigmas, á las parábolas, ¿no sospechaban alguna cosa semejante en las palabras de Jesucristo? Cuanto mas imposible les parecia la cosa, tanto mas debieran juzgar que no se debian tomar los términos de la respuesta como sonaban. Debían, pues, pedirle al que la dió, que les declarase en qué sentido la entendiese, ó si no se atrevían á pedirselo, debían, como lo hicieron los Apóstoles, esperar á que el tiempo les revelase el misterio, y les diese la explicacion... Lo mismo debemos hacer nosotros cuando encontramos oscuridad en la Escritura, en nuestros misterios y en la conducta de Dios para con los hombres. Seamos siempre igualmente fieles á Jesucristo, y sumisos á su Iglesia. Dios tiene sus momentos; y el tiempo lo descubrirá todo... Pero este partido es demasiado humilde y demasiado cuerdo para los sábios orgullosos... Estos comenzaron á

discurrir sobre el templo material en que se hallaban; á calcular eruditamente cuánto tiempo se habia empleado en construirlo y ponerlo otra vez en el estado en que estaba; á deducir que la palabra del Salvador incluía una contradicción manifiesta; y finalmente se retiraron mas incrédulos de lo que habian venido... Justo castigo de su orgullo y de su voluntaria ceguedad. *Él, pues, hablaba del templo de su cuerpo...* De aquel cuerpo divino que los judíos habian de clavar en la cruz, y que despues debia ser sepultado, y á los tres dias resucitar... ¡Oh cuerpo adorable! Vos sois efectivamente el verdadero templo de Dios; en Vos reside la plenitud de la divinidad, y por Vos nos acercamos á Dios, y nos unimos á él, recibiendo en el divino Sacramento.

Lo 3.º *Consideremos qué efecto produjo despues la respuesta de Jesucristo...* Esta respuesta era una predicción con la que el Salvador decia á los judíos: Vosotros sacrificais el templo de mi Padre á vuestra avaricia, y del mismo modo sacrificaréis mi cuerpo á vuestra envidia. Y ¿qué sucederá? Que aquel mismo poder que ha obrado lo que ahora os ocasiona escándalo y confusión, hará al fin un prodigio que vosotros no sabréis comprender, y bajo cuyo peso quedaréis oprimidos. Este prodigio es la resurrección de mi cuerpo, que se hará á los tres dias que seguirán á la destrucción que habréis hecho. Yo entonces seré vencedor de la muerte, y mi resurrección establecerá perfectamente la verdad de mi misión... Esta predicción tuvo su efecto en el tiempo destinado... «Esto es, entonces cuando resucitó de la muerte se acordaron sus discípulos como él habia dicho esto; y creyeron á la Escritura y á las palabras de Jesús...» Así la misma palabra cegó á los judíos indóciles, y ocasionó la muerte á Jesús; consoló á los discípulos de este divino Salvador, y aseguró su fe cuando vieron su cumplimiento; convirtió á los gentiles, y los convenció de la divinidad del Mesías... ¡Oh sabiduría divina, y cómo con una palabra sola castigais vuestros enemigos, os sacrificais por nosotros, formais vuestra Iglesia, y consolais á los que creen en Vos!

### PUNTO III.

*Jesús penetra el fondo de los corazones.*

Lo 1.º *Conoce á los que no creen en él...* «En el tiempo, pues, que estuvo en Jerusalem por la Pascua y por la solemnidad, muchos creyeron en su nombre viendo los milagros que hacia...» Jesús no rehusó dar al pueblo, que habia concurrido entonces á Jeru-

salen, la grande prueba de su mision. Los judíos le habian pedido un solo milagro, y él hizo tantos y tan grandes, que muchos creyeron en él... ¡Ah! ¿por qué no creyeron todos? Por su obstinacion. Jesús los conocia. Conoce tambien ahora á todos los que no creen en él. Él solo conoce hasta qué punto cada uno de ellos es culpable; porque él solo conoce la medida de las gracias y de las luces á que han hecho resistencia. Pero sin examinar hasta qué punto son culpables, cosa que no toca á nosotros, compadezcámonos de ellos; roguemos por ellos, y consideremos que nosotros mismos seriamos culpables si tuviéramos la desgracia de ser del número de los que no creen.

Lo 2.º *Jesús conoce los que creen en él...* «Pero Jesús no se fiaba «de ellos porque los conocia á todos...» En el corazon de aquellos judíos volubles é inconstantes que fueron arrebatados de la admiracion de los milagros de Jesucristo, mas que del amor por la verdad y de la estimacion de su persona, leia el Salvador claramente que un dia pedirian su sangre, y que entre ellos no habia seguridad alguna para él. Conocia que aquellos hombres que entonces parecian tan dedicados á él y que creian tambien en él, estando rodeados de aquellos que no creian, no habian de tener por la mayor parte una fe bastante firme para resistir al ejemplo, á la autoridad, á los artificios y á las calumnias de estos. Estaba por tanto resuelto á no fiarse del afecto presente que le manifestaban, ni de la admiracion improvisa de que los veia sobrecogidos... Nosotros creemos en Jesucristo; y en ciertos tiempos renovamos los sentimientos de penitencia que edifican la Iglesia; pero ¡ay de mí! ¿Puede Jesucristo hacer cuenta con nosotros y fiarse de nuestras promesas? ¿Ve en nosotros aquella generosa determinacion de observar su ley en todas las cosas, de superar todas las dificultades, de vencer todas las tentaciones, de despreciar todos los respetos humanos, de resistir á todos los malos ejemplos, de evitar todos los escándalos, y de huir todas las ocasiones de ofenderlo? ¿No ve al contrario en la mayor parte de nosotros, fieles sin fe, corazones sin piedad, voluntad sin accion, ó á lo menos una fe tan débil y tan lánguida, que presto ó tarde cede, y sigue el torrente, la multitud, la política y el mundo?

Lo 3.º *Jesús conoce el hombre en el hombre mismo, sin el testimonio de alguno...* «Y porque no tenia necesidad de que alguno diese «testimonio del otro. Porque por sí mismo sabia lo que habia en el «hombre...» ¡Oh! ¡y cuán ciego es el testimonio de los hombres! No pueden pensar, juzgar, hablar y dar testimonio de los otros, mas

que sobre las exteriores apariencias. Y ¿qué cosa hay mas expuesta á engaños? Aun aquellas apariencias que deberian echarse á buena parte por la caridad, ¿no se echan las mas veces á mala por la perversidad? Por esto en orden á nuestro prójimo, sobre quien no tenemos algun derecho, no hagamos de él jamás juicio alguno sobre el testimonio de los hombres. Creamos caritativamente el bien que de él se dice, edificuémonos, y no demos fe alguna al mal que de él se puede decir... Respecto de aquellos de quien tenemos derecho de informarnos; en el recibir el testimonio de los hombres, consultemos la caridad, la prudencia y la justicia; implorando al mismo tiempo las luces de aquel que no tiene necesidad del testimonio de alguno. Finalmente, respecto de nosotros mismos, hagamos poco caudal de los discursos y de los pensamientos de los hombres. No debemos ensoberbecernos por las ideas favorables que se puedan tener de nosotros, ni inquietarnos por cuanto puedan algunos pensar y decir en contra. Jesús ni nos conoce, ni nos juzga por el testimonio de nuestros amigos, ni por el de nuestros enemigos. En el bien que de nosotros se dice debemos hallar de qué humillarnos, y en el mal de qué instruirnos; y referirlo todo á aquel que nos ve en nosotros mismos, sin solicitar merecer la aprobacion de otro que de él mismo.

*Peticion y coloquio.*

¡Ay de mí! Señor, ¿qué es lo que he hecho cuando he buscado la estimacion de los hombres? He procurado engañarlos sin pensar que me engañaba á mí mismo, y que no podia evitar la penetracion y la severidad de vuestra vista. ¿Qué es lo que he hecho cuando me he conturbado por el desprecio que de mí hacian los hombres? Me he olvidado que merecia los vuestros, y que los de los hombres sufridos por vuestro amor podian servirme para satisfacer por mis pecados, y para purificarme á vuestros ojos. Sed, ó Jesús mio, el único testigo de mi vida, el solo de quien tema los desprecios, y el solo de quien reciba los consuelos, las complacencias y los favores. Amen.

## MEDITACION XXXVII.

## CONFERENCIA DE JESÚS CON NICODEMUS.

(Joan. iii. 1-21).

Esta conferencia nos enseña que hay obstáculos para la fe difíciles de vencer, de los que triunfó Nicodemus... 1.º por parte del mundo; 2.º por parte del espíritu; 3.º por parte del corazón.

## PUNTO I.

*Obstáculos por parte del mundo vencidos por Nicodemus.*

«Y había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos: este se fué de noche á Jesús, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado por Dios para enseñar, porque ninguno puede hacer los prodigios que tú haces, si no tiene á Dios consigo...» ¡Cuántos obstáculos á la fe y á la piedad se encuentran aun en el mundo que fueron vencidos por Nicodemus!

Lo 1.º *Los vínculos con un partido acreditado...* Nicodemus era de la secta de los fariseos. Esta secta hacia profesion de una moral severa y de una observancia rigurosa de la ley: pero al mismo tiempo era supersticiosa, hipócrita, orgullosa é indócil; había ya manifestado su odio contra el Precursor, y no escondía la aversion que tenía á Jesucristo... ¡Oh! ¡y cuán importante es que cada uno considere bien con qué compañías se empeña, y con qué personas hace liga!

Lo 2.º *La altura de una clase distinguida...* Nicodemus era uno de aquellos que se llamaban príncipes de los judíos, ó sea cabezas de familia, que eran miembros del soberano Consejo de la nacion... El fausto y las riquezas que acompañan la cualidad, los honores y las dignidades del siglo, difícilmente se concuerdan con la humildad que es la basa del Cristianismo. Puesta una persona en alta jerarquía fácilmente creeria bajarse demasiado, si viese lo mismo que ve el pueblo, si se moviese de lo que se mueve el pueblo, si profesase la misma religion que profesa el pueblo.

Observemos lo 3.º *El crédito de una edad avanzada...* La madurez de los años de Nicodemus no sufría que oyese las lecciones de un hombre á quien no se daban aun *cuarenta años*... Quanto mas adquirimos de crédito y autoridad por nuestra edad respetable, tanto mas observada es nuestra conducta; tanto mas se murmuran nuestros cambiamientos; y tenemos menos fuerza para despreciar

los juicios de los hombres, y para vencer nuestros propios hábitos. Guardémonos, pues, de dilatar á un tiempo tan incierto y á una edad tan débil la ejecucion de los buenos deseos que el cielo nos inspira. Es ciertamente muy tarde empezar en esta edad á instruirse en la propia religion, á creer y á emprender la mudanza del corazón, y á disponerse á una nueva vida, principalmente cuando se ha pasado la juventud en el libertinaje, y se ha llenado el espíritu de dudas y de ciertas quejas insípidas sobre la Religion. Nicodemus no se hallaba en esta situacion: pero leyendo la ley no había estudiado su espíritu.

Los obstáculos de que hemos hablado eran grandes; y ciertamente Nicodemus los venció. Se fué á Jesucristo, pero no sin manifestar alguna flaqueza... Tenía el corazón recto, y á pesar de sus prejuicios, quedó sorprendido de los prodigios de Jesucristo: de hecho era difícil el no sentir su impresion. Y ¿cómo todos los judíos de aquel tiempo y todos los incrédulos del nuestro pueden sostener su esplendor sin caer á los piés de Jesucristo? Nicodemus fué á encontrar al Salvador, pero de noche... ¡Oh temor del mundo! oh respeto humano! ¡cuántas conversiones has impedido! cuántos réprobos has hecho! No se atreve, pues, ¡oh Sabiduría divina! no se atreve á hablaros en medio del día, ni á declararse abiertamente por Vos. Un grande del mundo se reputaria deshonrado ¡oh Rey de la gloria! si fuese hallado conversando con Vos, y recibiendo vuestras instrucciones. ¡Oh Jerusalem, que tienes en tal esclavitud tus habitantes! ¿qué diluvio de pecados y de desgracias por ellos no tiras sobre tí? Nicodemus mostró aun mas flaqueza en sus sentimientos que en su proceder... «Maestro, dijo al hablar á Jesucristo, nosotros conocemos que has sido enviado por Dios para enseñar, porque ninguno puede hacer aquellos prodigios que tú haces, si no tiene á Dios consigo...» Era esta, á la verdad, una confesion principiada que hacia de la divinidad de Jesucristo, pero no una confesion decisiva. Mejor habían pensado y hablado de Jesucristo los primeros discípulos del Salvador, antes de haber visto algun milagro. «Andrés dijo á su hermano: Hemos encontrado al Mesías... Felipe «dijo á Natanael: Hemos encontrado aquel de quien escribió Moisés en la ley y los Profetas...» Natanael, á una sola palabra que le dijo Jesús, gritó: Maestro, tú eres el Hijo de Dios... Hé aquí á dónde los había guiado el testimonio de Juan, y la circunstancia del tiempo señalado por los Profetas para la venida del Mesías; y hé aquí dónde no llega este grande, este docto, este fariseo que de-

bia estar mejor instruido que los discípulos, y que además había sido testigo de tantos prodigios... Con todo Jesucristo no lo desechó; tuvo compasión de su flaqueza, no desdénó sus anticipadas protestas, aprobó sus primeros esfuerzos, lo acogió con bondad, y lo instruyó también de los más altos misterios de una manera proporcionada á su situación; pero sin tener demasiada atención á su delicadeza y á sus prejuicios... Cualquiera obstáculo ó impedimento que se nos ponga por delante en orden á nuestra salvación, no desespéremos; recurramos á Jesús por grande que sea nuestra flaqueza y nuestra debilidad, representémosela y hagamos algún esfuerzo de nuestra parte: él es la misma bondad; nos recibirá, nos fortalecerá, y nos instruirá.

### PUNTO II.

*Obstáculos de parte del espíritu de que fue librado Nicodemus.*

*Primer obstáculo para la fe... Un espíritu fuerte que entiende materialmente las cosas, y nada cree...* «Respondió Jesús, y le dijo: «En verdad, en verdad te digo, que cualquiera que no nacerá de «nuevo, no puede ver el reino de Dios... Dijole Nicodemus: ¿Cómo puede ser que un hombre nazca de nuevo, cuando ya es viejo? ¿Puede él, por ventura, volver á entrar en el seno de su madre y renacer?...» El docto fariseo, tomando las palabras del Salvador en un sentido material y grosero, y sin pedir alguna declaración, empezó por sí mismo á explicar lo que era necesario para recibir este segundo nacimiento de que se le hablaba. Habría sido necesario, según su manera de pensar, que un hombre, aunque avanzado en edad, entrase otra vez en el vientre de su madre, y volviese á salir de nuevo por la segunda vez; de donde concluía, pero sin decirlo, sino dándolo suficientemente á entender, que la cosa era imposible, y que en sí contenía contradicción... Hé aquí cómo lo piensan nuestros espíritus fuertes, toman el equívoco en todas las cosas: tienen ideas bajas y viles; no ven otra cosa en el hombre que materia; prejuicio en la virtud y en el vicio; en la Iglesia no ven más que política, en el orden del universo no ven otra cosa que caso, y en los designios de la creación nada más que el siglo presente; de lo que concluyen, que cuanto se dice en orden á lo más noble y á lo más elevado repugna, y es imposible... Jesús, que había visto el yerro de Nicodemus, y que quería que sirviese para su conversión, le respondió: «En verdad, en verdad yo te di-

«go, el que no renacerá por medio del agua y del Espíritu Santo, «no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la «carne, es carne; y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. «No te maravilles si te he dicho: es necesario que nazcas de nuevo...» Como si Jesucristo le hubiese dicho: Es necesario que el hombre renazca, no del vientre de su madre, sino por medio del agua y del Espíritu Santo. Y como el primer nacimiento que viene de la carne, da una vida carnal y animal; así el segundo, que viene del Espíritu Santo, da una vida espiritual, santa y divina. No te maravilles ya, pues, de lo que te he dicho, que es necesario un segundo nacimiento para entrar en el reino de Dios: yo te hablo de una nueva regeneración espiritual que te ensalza sobre la ley de Moisés mucho más de lo que la ley te ensalza sobre la naturaleza... Nosotros hemos recibido este segundo nacimiento del agua y del Espíritu Santo, por el cual hemos venido á ser hijos de Dios y de la Iglesia... Demos gracias al Señor por tan grande beneficio. Tenemos en nosotros las dos vidas: la primera, que hemos recibido del primer Adán, vida terrestre y del pecado; la segunda, que hemos recibido del segundo Adán, esto es, de Jesucristo, por obra de su espíritu; vida celestial, vida interior, vida de retiro, de mortificación, vida de recogimiento y de oración, vida de unión con Dios, vida de fe, de esperanza y de amor... ¿De cuál de estas dos vidas vivimos nosotros? ¡Ay de mí! apenas conocemos la segunda.

*Segundo obstáculo á la fe... Un espíritu presuntuoso que pide razón de todo, y que nada concibe...* Nicodemus reconoció su error; pero tenía aun muchas dificultades, y estaba aun muy lejos de la sumisión que pide la fe... Jesús para sosegar y calmar su espíritu sobre la posibilidad de este segundo nacimiento y de esta segunda vida, bien que invisible, le hizo esta comparación <sup>1</sup>, y le dijo: *El espíritu inspira donde quiere.* El viento sopla, sin que alguna potencia humana pueda suscitarlo, calmarlo, dirigirlo ó pararlo... *Tú oyes el sonido, tú sientes la impresión, tú sabes que él existe; pero no lo ves... Y no sabes de dónde venga, dónde haya tenido su principio, ni á dónde va, ni á dónde irá á terminar: así le sucede á cualquiera que ha nacido del espíritu;* como si le hubiese dicho: este renacimiento ó segundo nacimiento, de que te hablo, que se hace por obra del Espíritu Santo, no se ve con los ojos, pero no es menos real. El viento, que no se ve, y cuyo sonido se oye, y se ven sus

<sup>1</sup> Esta comparación es tanto más bella y más energética, cuanto en la lengua original la misma palabra significa *el viento* y *el espíritu*.

efectos, es una imagen de este Espíritu Santo, que no se ve obrar dentro del hombre donde espira cuando le agrada y cómo le agrada; pero que ciertamente, hablando por lo regular, no obra sin que de él se vean efectos exteriores... No podía Jesús haber escogido mejor figura ni mejor ejemplo. Entre todos los fenómenos de la naturaleza, el viento, por su irregularidad, por su fuerza y por su invisibilidad es uno de los mas propios para dar á conocer la potencia de Dios y la incomprendibilidad de sus obras, y para hacer percibir al hombre su debilidad y su dependencia. El ejemplo no tenia réplica para uno que hubiese querido creer; pero Nicodemus queria comprender, y respondió: *¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo? y ¿por qué? hé aquí el escollo en que en todos tiempos ha ido á romperse la presuncion, y por el que ha naufragado... No puedo creer, dice el impío, lo que no concibo. ¡Ah impostor! crees ciertamente, sin conocerlos, los fenómenos de la naturaleza por sola la relacion de tus sentidos; ¿y no puedes creer cosa alguna por la relacion del que ha criado la naturaleza y te ha dado los sentidos?... Crees mil absurdos que se contienen en tus sistemas, y los crees por la relacion y autoridad de quien te los vende, aunque no los entienda mejor que tú y sin darte prueba alguna; ¿y no crees sobre la autoridad del Hijo único de Dios, que ha visto lo que te anuncia, y que ha probado su mision con muchos y estrepitosos prodigios? Empieza á creer: este es el camino mas seguro y el mas digno de la grandeza de tu Dios y el mas proporcionado á tu debilidad. El filósofo mismo cree los fenómenos que se fatiga en comprender, y de que busca los principios y las causas; y si alguna vez Dios hace gustar la verdad de sus misterios, y descubre su economía y su belleza, lo hace á un corazon humilde y sumiso que los cree; y no á un espíritu presuntuoso que antes de creerlos pide la razon y la inteligencia.*

*Tercer obstáculo á la fe... Un espíritu altanero que dogmatiza sobre todo, y nada sabe... Habia quedado aun en Nicodemus un residuo de orgullo farisáico y era necesario humillarlo. Jesús habia conducido el espíritu de su discípulo al punto que era necesario, para que pudiese sufrir con humildad una operacion tan delicada. «Respondió Jesús, y le dijo: Tú eres maestro en Israel, ¿y no entiendes estas cosas? En verdad, en verdad te digo, que nosotros hablamos de aquello que sabemos, y atestiguamos aquello que hemos visto, y vosotros no creéis nuestras aserciones. Si yo he hablado «de cosas de la tierra, y no me creéis; ¿cómo me creeréis si os ha-*

«blase cosas del cielo?» Jesucristo no da en rostro aquí á Nicodemus con que no concibe; sino con que no sabe y con que no cree. Deberia saber de hecho, que frecuentemente en la Escritura<sup>1</sup> se habla de un espíritu recto y renovado, de un corazon puro y criado de nuevo, y de una agua pura que debe borrar todas las manchas del pecado... Nosotros no podemos concebir los misterios de nuestra fe; pero debemos saberlos, creerlos, adorarlos, y callar. Si estamos encargados y con la obligacion de enseñar, debemos tambien tener un conocimiento mas particular; debemos saber en qué términos los propone la Escritura, y en qué términos hablan de ellos los santos Padres: en qué sentido se deben entender los términos de la Escritura y de los Padres: qué errores ha condenado la Iglesia sobre estos misterios, y qué puntos ha decidido... Pero el orgullo excede todos los límites, y reune en sí una extrema audacia con una profunda ignorancia. El orgulloso habla de todo, y de nada se instruye. Ignora aun los primeros elementos de la doctrina cristiana, y decide sobre las cuestiones mas espinosas. ¿No somos por ventura nosotros de este número?... ¿No ignoramos acaso lo que tenemos obligacion de enseñar, y pretendemos enseñar lo que no debemos saber, y lo que efectivamente ignoramos?

Si la reconvenccion hecha á Nicodemus fue mortificante, fue tambien saludable. El fariseo humillado no respondió ya mas: su silencio fue prueba de su docilidad; y por ella mereció que Jesucristo continuase á revelarles los misterios mas sublimes<sup>2</sup>, y que al fin de la conferencia quedase consolado.

### PUNTO III.

*Obstáculos por parte del corazon de que fue preservado Nicodemus.*

El mismo Jesucristo distingue aquí estos obstáculos, y dice: que entre los hombres hay algunos que huyen la luz; otros que prefieren las tinieblas á la luz, y otros que vienen á la luz.

Lo 1.º *Hay algunos que huyen la luz:* «y la condenacion, dice «Jesucristo, está en esto; que vino al mundo la luz, y los hombres «amaron mas las tinieblas que la luz; porque sus obras eran mal-«vadas...» Jesús es la luz, el Cristianismo es una religion de luz, el Evangelio es una ley de luz. La fe católica nos descubre lo que debemos temer y esperar en la otra vida, y lo que en esta debemos

<sup>1</sup> Psalm. i.; Ezech. xi, 19; xxxvi, 25.

<sup>2</sup> Véase la meditacion siguiente.

huir y buscar. Todas las otras pretendidas religiones, todas las sectas, todos los sistemas de los incrédulos son tinieblas. La luz ha venido al mundo, resplandece en todas las partes; si en el mundo hay pocos fieles, no es por falta de pruebas y de conocimiento: el mal está en el corazón y en la voluntad. Los hombres han amado más las tinieblas que la luz; han preferido libremente las tinieblas á la luz, y hé aquí el motivo de su condenación... ¡Oh! ¡y cuán culpable es delante de Dios esta preferencia! ¡Cuántas veces yo mismo me he hecho culpable!

Lo 2.º *Hay otros que prefieren las tinieblas á la luz.* Y ¿por qué? porque sus obras son malvadas... «Porque, dice Jesucristo, el que «hace mal aborrece la luz, y no se acerca á la luz, para que no sean «reprensas sus obras...» ¿Cuál es, pues, la causa de una tan injusta preferencia? Por la mayor parte sus obras, sus pecados y su apego á la maldad: obras vergonzosas y obras de las tinieblas. Se aborrece y se huye una luz importuna que nos da en rostro con ellas. La naturaleza enseña á esconderlas á los ojos de los hombres; cada uno procura esconderlas á sí mismo, excusándolas ó no conociendo la ley que las prohíbe, ó que exige una confesión humilde y sincera; y se imagina, con no creer nada, que las esconde al conocimiento del mismo Dios y al rigor de su justicia. No nos maravillamos, pues, no nos escandalicemos de ver tantos impíos que desechan la fe, y tantos apóstatas. Si estos están abandonados á las obras de las tinieblas; esta es la causa por que huyen la luz. En vano los incrédulos exclaman contra este juicio: él ha salido de la boca de la misma Verdad; y sin embargo de sus hipócritas discursos, la obscenidad de que están llenos sus libros sirve para confirmarlo más. Temamos, pues, y huyamos el pecado, que puede por grados disminuir y al fin apagar en nosotros todas las luces de la fe. La seducción y el engaño en materia de religión empieza y acaba siempre por caídas vergonzosas.

Lo 3.º *Hay otros que vienen á la luz.* «Mas el que obra según la «verdad, se acerca á la luz; para que sean manifiestas sus obras, «porque están hechas según Dios...» Los que obran según la verdad; esto es, los que obran bien, ó se arrepienten y se acusan del mal que han hecho, aman la luz. El que no ha sido corrompido del vicio, y que ha seguido la ley de Dios estampada en todos los corazones; ó que habiendo seguido sus pasiones, gime bajo el peso de sus pecados, y se purga de sus desórdenes, recibe con júbilo la luz del Evangelio: porque estando de acuerdo con su conciencia, lo

está también con Dios... ¿No sentimos nosotros mismos que nos acercamos á Dios con confianza, cuando hemos seguido santamente su ley, cuando hemos obedecido á sus inspiraciones, cuando hemos hecho resistencia á nuestras pasiones y conservado nuestras resoluciones? Pero si, al contrario, nuestra conciencia nos reprende; nosotros nos sentimos alejar de él; experimentamos una cierta pena al ponernos en su presencia y al practicar nuestros ordinarios ejercicios de piedad. En este estado, volvamos á entrar prontamente en los caminos de la verdad; acusémonos, humillémonos, busquemos la luz que nos hará conocer nuestra culpa, y encontraremos en nuestra humillación la paz y la confianza que hemos perdido.

Nicodemo no era de estos corazones corrompidos que tienen su interés en aborrecer y huir la luz; tuvo el consuelo de reconocerse en el retrato que Jesucristo hacía de aquellos que la buscaban. Se alegró de haberla encontrado, y á ella estuvo constantemente unido. Si usó alguna circunspección durante la vida del Salvador, usó menos después de su muerte, y mucha menos, sin duda, después de la venida del Espíritu Santo, cuando ya la profesión de la fe vino á ser tan necesaria para la salud como la misma fe.

*Petición y coloquio.*

¡Ah! no permitais, Señor, que por la multitud de mis pecados caiga en esta incredulidad del impío, que le hace amar sus tinieblas y temer la luz. Dadme, ó Dios mío, aquella fe viva que hace aborrecer las tinieblas, buscar, hallar y seguir vuestra luz: creo, ó divino Salvador mío, vuestros misterios incomprensibles; no quiero, para creerlos, otro fiador de su verdad que vuestra palabra. ¡Ah! ¿quién soy yo para examinar su profundidad? Aumentad mi fe, ó Señor: hacedme la gracia de que viva según mi fe, para que pueda ver en el cielo lo que solo puedo creer y adorar sobre la tierra. Amen.